

## EL POETA Y YO\*

Jaime Labastida

**Asombroso**, podría decirse: esta antología nos propone la escisión absoluta: el poeta, por una parte; yo, por otra. El poeta y, además de él, junto a él, opuesto a él, yo, o sea, dos seres que quién sabe si se conocen, escindidos, separados, brutalmente opuestos entre sí: el poeta escribe, pero lo que aquí se propone es que quien escribe es un ser distinto de Saúl Ibargoyen. ¿Por qué esa dicotomía? ¿Por qué ese desgarramiento? ¿De dónde nace? ¿Qué lo impulsa? ¿Dos seres que son uno? O, al contrario, ¿dos personas distintas pero una sola poesía, la poesía verdadera? Ibargoyen ¿quiere acentuar, acaso, en el título del libro, lo que es evidente en el plano de su escritura? ¿El desgarramiento? ¿Quiere decirnos que es hombre de dos mundos, que está aquí y allá, en el límite? ¿En qué frontera?

Por un lado, es verdad, versos que subrayan un ritmo que no es el ritmo terso de la poesía tradicional: a ese ritmo, a esa ruptura, a ese desorden musical le han puesto su atención la casi totalidad de los críticos que se ocupan de la poesía de Ibargoyen: un ritmo que viene de las ciudades, un ritmo desenfadado, urbano o, igual, en el polo opuesto, el ritmo bárbaro de aquello que aún no ha sido cultivado: el páramo, la selva. Algunos de sus poemas podrían ser tatuaje de la ciudad, un grafito, un insulto escrito en la pared.

Pero no nos engañemos. El ritmo que le imprime a su poesía Saúl Ibargoyen es el ritmo de la desesperación y la catástrofe. Es el mismo ritmo que posee el habla de la realidad cotidiana, el ritmo urgente de la conversación en la cantina o el café. Es posible que sea el ritmo que viene de la más pura tradición de la poesía latina, digo, la tradición de los epigramas, los cármes y las sátiras de un Horacio o un Catulo. Así, pues, primero, antes que nada, el ritmo de la poesía de Ibargoyen produce una música estridente, ríspida, la música concreta de la banda, el ruido de los automóviles, la música feroz de un ladrido (de perro o de paloma) en el espacio oscuro de la noche. Por ello mismo, la separación: el poeta, por un lado; yo, por el otro. ¿Quién es aquí el que asume la realidad de la persona? ¿El poeta? ¿O yo? ¿Quién escribe estos versos? ¿Quién es el poeta? ¿Es otro, distinto de mí? Ese, aquél, el otro, el que toma su pluma entre mis manos, ¿es distinto de mí? Yo, como postuló Rimbaud, ¿es otro?

Estamos ante dos mundos escindidos, incluso en el nivel más puro del lenguaje. Ibargoyen, lo he señalado antes, es hombre de fronteras. El lenguaje de sus narraciones, por ejemplo, lo mismo en el léxico que en la morfología, se encuentra lleno de palabras y de construcciones sintácticas que se sitúan entre dos o más lenguas, en el espacio sintomático del borde, en el límite donde hablan los hombres que se expresan en lenguas que son y no son suyas, que no les pertenecen del todo, que se les han vuelto, en cierto sentido, propias y ajenas. Cada lengua es la lengua de otro: el que habla en español como portugués: Ibargoyen, uruguayo y brasileño a la vez, es hombre de frontera. ¿A qué mundo pertenece Ibargoyen? ¿A la patria del español o a la del portugués? Es hombre de las fronteras: está aquí un día y allá, al otro lado del borde, el siguiente. La misma escisión, pues, entre yo y el poeta, entre el poeta y yo.

Véase si no: aquí mismo, hoy, Ibargoyen, está en México y al propio tiempo se desplaza hacia la frontera. Es uruguayo y chicano, mexicano y brasileño. Vayamos a esos desgarramientos, nacidos de lo profundo. Veamos, por ejemplo, la zoología que dibuja el poeta y que es compleja y contradictoria. En los extremos: perros y aves. Perros, digo, estos animales domésticos que debieran ser mansos y buenos, pero que aquí se vuelven unos animales feroces y tristes. Los perros son, en la mitología clásica, los animales terrestres que conducen a los muertos, de la superficie de la tierra a la región subterránea, al inframundo (recuerdo al Can Cerbero, en el mundo heleno, y a los pequeños perros que llevan a los muertos hasta el paraíso de Tlaloc, en Mesoamérica). En cambio, los perros, en la poesía de Ibargoyen, son animales sucios, amenazantes, plebeyos, salidos de la basura y de la mugre: sufren, degradados, y ocupan el nivel más bajo de la escala. Frente a ellos hay en la poesía de Saúl Ibargoyen toda una gama de animales del aire, opuestos por su belleza y su libertad, a los perros: las aves, del colibrí al águila.

Dicotomía, oposición violenta entre la realidad y el deseo, entre lo alto y lo bajo, entre el presente y el imposible futuro. Así es la poesía de Ibargoyen: un contraste perpetuo, una espada, acaso labios que son como una espada, un límite, una herida, una cicatriz que nunca habrá de cerrar... y que, por eso, sangra.

Esta antología es no sólo un recuento de poemas y palabras, es suma de vida y apuesta contra el tiempo. La celebro con alegría. ☐

**Jaime Labastida** (Los Mochis, 1939). Filósofo, poeta, ensayista y editor mexicano, premio Xavier Villaurrutia. Fue subdirector del Instituto Nacional de Bellas Artes y director de la revista *Plural*, de *Excélsior*. Es director actualmente de Siglo XXI Editores. Entre sus libros, cabe mencionar *Producción, ciencia y sociedad*, *Marx hoy* y *Animal de silencios*, que reúne su obra poética.

\* Texto leído el 31 de agosto del 2003 en la Sala Manuel M. Ponce, Palacio de las Bellas Artes, Ciudad de México, con motivo de la presentación de *El poeta y yo* (antología 1956-2000), Ediciones Eón/ Universidad de Tijuana/ Universidad A. de Ciudad Juárez/ New México State University-Instituto de Estudios Chicanos, México, 2003, 428 pp. Selección y prólogo: Hugo Giovanetti Viola; ilustraciones de Aaron Cruz, Diego Rivera, Helio Rola, Joaquín Torres-García, Leticia Ocharán, Hugo Giovanetti (padre).